



COLECCIÓN
CALCETÍN

Paula y el colibrí

Muriel
Villanueva

Dibujos de
Albert
Asensio

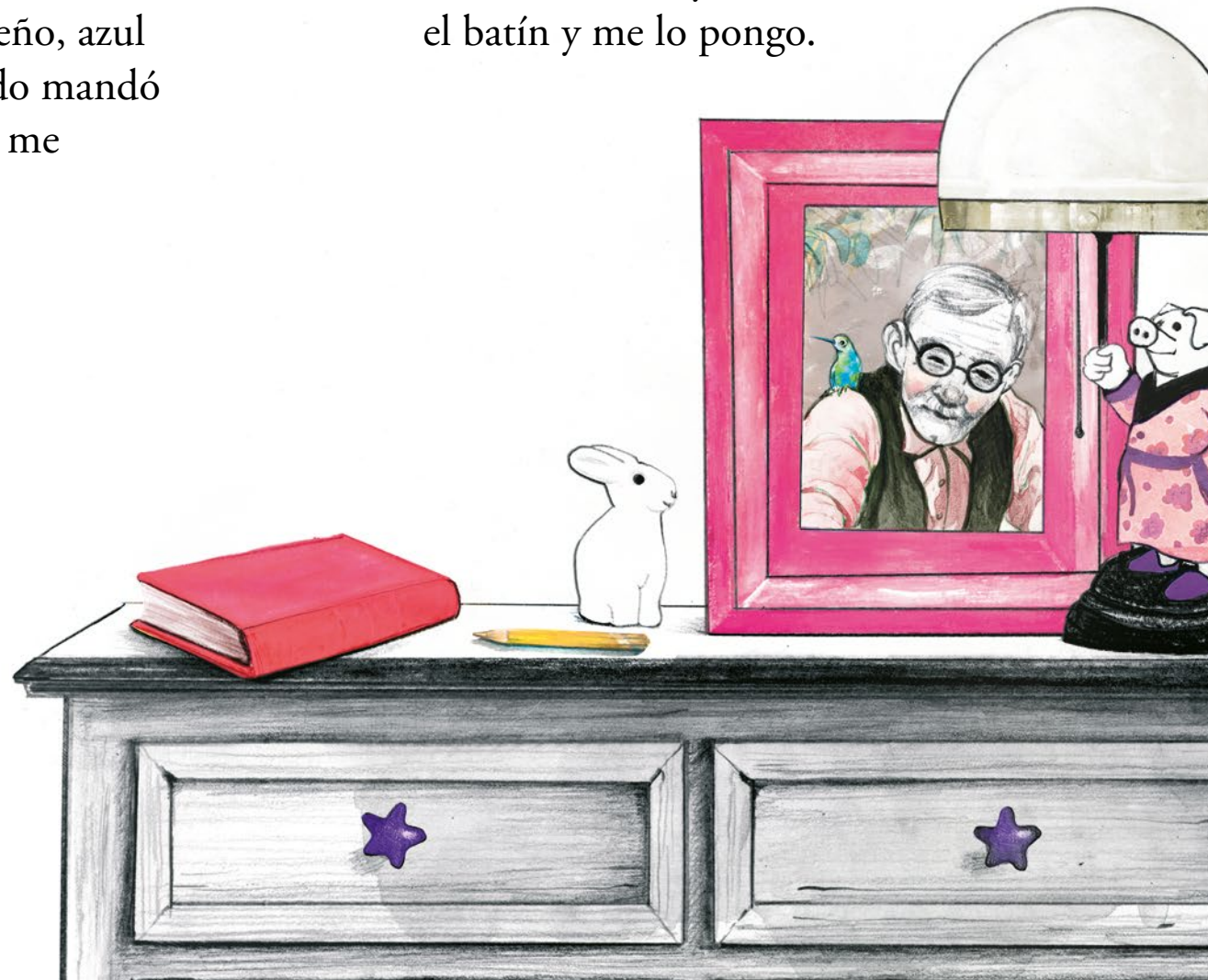


Me despierto antes de la hora.
Me envuelve un silencio precioso,
pero no durará mucho. Bostezo,
me desperezo... Salgo de la cama
de un salto: ¡hoy me siento capaz
de todo! Un frío repentino me hace
frenar al instante.
Me acerco a la ventana. El asfalto
de la calle y las barandillas de los
balcones parecen congelados.
Los plataneros tiemblan de frío.
Me abrazo a mí misma y me froto
los brazos con fuerza.



Para acabar de entrar en calor,
me acerco a la foto del abuelo.
Se le ve sudado, en plena selva
tropical, el verano pasado, durante
su viaje a Ecuador. Sobre el hombro
lleva un pájaro muy pequeño, azul
y verde: un colibrí. Cuando mandó
la foto al móvil de mamá, me
escribió un mensaje:

«Me ha dicho un pajarito que me
echas de menos. Te mando esta
foto para decirte que te quiero.
Nos vemos pronto».
Con el corazón ya caldeado, busco
el batín y me lo pongo.



Entro de puntillas en la habitación de mis padres. Mamá está despierta, pero tan concentrada en su recién nacido que ni me ha visto entrar.

Aquí lo tenemos: el pequeño de la casa, con los ojos bien redondos, enganchado al pezón, aferrado a la teta. Se abrazan, calentitos y felices. Sus dos cuerpos bajo el edredón, tan y tan juntos, parecen uno solo. Solo se oye el ruido que hace el bebé al mamar. ¡No soporto ese ruidito!





¿Por qué mamá no se queja?
¿Por qué papá no se cansa? Ya no puedo
más. ¿Y yo? ¿Es que solo me quiere
el abuelo? Él sí que me ve, sí que
me entiende. ¡Quiero al abuelo!
Rabiosa hasta las cejas, salgo
al pasillo. La luz de la cocina está
encendida. Asomo la nariz por la
puerta y espío a papá: mete la ropita
del bebé en la lavadora, con mucha
delicadeza, sin un descuido. Entro
y me acerco, pero ni se da cuenta
de que estoy aquí. Al parecer, quitar
cacas y babas de la ropa del
pequeño es lo mejor que le ha
pasado en la vida.
¡Esto ya es demasiado!
¡Quiero salir de aquí!



Abro el armario del recibidor
donde tengo el abrigo, y las bisagras
rechinan.

Desde la cocina, papá pregunta:

—¿Paula? ¿Eres tú? ¿Qué haces?

No contesto. Resoplo. Me pongo
el abrigo encima del batín.

Salgo de casa con las botas
en la mano, para no hacer ruido.

Papá repite:

—¿Paula?

